

zarla un Dios-hombre, que con una mano toca á Dios, y con la otra llega hasta el hombre. ¿Qué más puede esperar la humanidad, que un Dios hecho hombre? Ella, pues, espera á Jesucristo, al que San Juan nos presenta como Hijo de Dios, que se hace hombre (1); en quien se esconden todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios (2); á quien el Padre llama su Hijo muy amado, en quien tiene todas sus complacencias (3), y á quien ha hecho heredero de todas sus cosas (4). En Jesucristo se resumen todas las esperanzas de la humanidad: Él realiza todo lo esperado; y no es otro más que Él, porque despues de Él nada se espera. Su nacimiento acalla la voz de la ansiedad antigua. Ni hay Profeta que anuncie ya al Libertador, ni oráculo que haga esperar su venida, ni clamor de la criatura que pida á las nubes que lluevan al Justo, y á la tierra que germine al Salvador (5). Solo un pueblo le espera vanamente: el pueblo judío, que atrajo sobre sí la maldicion, rechazando al Justo que le fué enviado, y que quedó sumido en la ceguedad y la apatía, porque Dios le abandonó (6). Todos los pueblos le esperaban: al punto que han visto á Jesucristo, han dicho: «Hosanna al que viene en nombre del Señor (7):» todo se ha cumplido: somos libres. Esa atraccion poderosa de Jesucristo sobre el mundo entero anunciada por el Profeta y por Él mismo (8), ese silencio de la esperanza, ¿no dice que á ella ha sucedido la posesion

-
- (1) Joann. I, 14.
 (2) Ad Colos. II, 3.
 (3) Math. XVII, 5.
 (4) Hebr. I, 2.
 (5) Isai. XLV, 8.
 (6) Dan. IX, 26.
 (7) Math. XXI, 9.
 (8) Joann. XII, 32.

de lo esperado? ¿No es un testimonio indestructible en favor de Jesucristo, considerado como Dios-hombre regenerador del mundo? El filósofo dijo: El consentimiento unánime de los pueblos, en todo tiempo y en toda edad, es una prueba cierta de la verdad (1). Apliquemos á Jesucristo la sentencia del filósofo romano: ella nos convence de su Divinidad y de su carácter sublime de libertador y regenerador del mundo.

Véamosle cumpliendo su mision. Yo la descubro, hermanos, compendiada en lo que de sí mismo dijo Jesucristo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida (2).» Soy el camino que conduce á Dios; la verdad que le descubre; la vida que nace de la union con Él. Tres caracteres de Jesucristo: es el camino de la humanidad hácia Dios, expiando el pecado; la verdad de Dios comunicada al hombre con su doctrina; la vida de la humanidad, uniéndola á Dios en su persona y en su sociedad, esto es, en su Iglesia.

La primera necesidad del hombre, el primer paso para ir á Dios, de quien se hallaba infinitamente separado por la culpa, era la expiacion de su pecado, con la cual se llenase ese inmenso abismo que entre Dios y el hombre habia abierto la concupiscencia. Toda criatura racional tiene tres deberes que cumplir con aquel que le ha dado el sér: el deber de la adoracion, confesando su majestad; el deber de la gratitud, reconociendo sus beneficios; y el deber de la oracion, testimonio de dependencia, y de que los bienes todos le vienen de aquel de quien recibe la vida. Estos deberes fueron impuestos al hombre, como al angel: y el hombre en su primer día,

-
- (1) *Quod semper, quod ab omnibus, quod ubique, hoc argumentum est veritatis.*
 (2) Joann. XVI, 6.

puro, inocente y dichoso, adoraba á Dios, le daba gracias, le invocaba sin pena y sin esfuerzo. Los sacrificios de la adoracion, de la súplica y de la accion de gracias, se exhalaban de su alma, toda hermosa, como los perfumes que en la mañana se exhalan de las flores, como el incienso que se quema ante el trono del Eterno. El pecado, sin eximir al hombre de estos deberes, le impuso otro más apremiante; el del arrepentimiento, el de la expiacion. En vano trata como de aturdirse á sí mismo, de cubrir de flores el aguijon del remordimiento, de sofocar la voz de la conciencia. Sus esfuerzos son inútiles: cuanto más quiere sofocarla, más grita ella: «Ofrece el sacrificio de la adoracion, el sacrificio de la súplica, el sacrificio de la gratitud; sobre todo, ofrece, ofrece sin cesar el sacrificio de la expiacion.» Pero.... ¿dónde encontrar un sacerdote digno de ofrecer una víctima agradable al Altísimo? ¿Dónde hallar una víctima bastante pura, bastante meritoria para esta expiacion? Todos los pueblos lo buscaron á impulso de su conviccion y de su esperanza; todo lo elevaron al sacerdocio; todo lo pusieron en el rango de las víctimas, y los animales y los hombres, los niños y los ancianos sucesivamente, inundaron con su sangre los altares. Tan íntima era la conviccion de la necesidad del sacrificio. Los hebreos y los egipcios, los persas, los griegos y los romanos, los bárbaros del Norte y los bárbaros del Mediodía, los salvajes del nuevo mundo y los hijos de las islas desconocidas, las naciones guerreras y los pueblos civilizados, en todo tiempo, en todo lugar y bajo todo cielo, el mismo pensamiento, Señores, el mismo instinto, la misma necesidad.

Esos esfuerzos, sin embargo, son inútiles. Tras ellos el pecado es el mismo: la separacion de Dios se hace más sensible. No hay entre los hombres sacerdote santo, que

no necesitando expiacion por sí, la ofrezca por el pueblo. No hay víctima bastante noble y pura, que abrace en su inteligencia toda la idea del mal que ha de expiar; ni en su corazon el deseo de expiarlo, apreciando la extension del sacrificio; ni en su cuerpo y en sus acciones todo el valor, todo el mérito necesario para la expiacion. Solo Dios puede hacerlo, y Dios lo hace tomando la naturaleza humana. Su inteligencia sin límites le descubre la intensidad del mal y la extension del sacrificio; su amor infinito le inspira el deseo de expiarlo; su cuerpo, unido á la Divinidad, recibe un poder, una fuerza y un mérito infinitos. Jesucristo es el sacerdote y es la víctima que satisface á esa primera necesidad del hombre, á quien se da por hermano. Viene á restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra, y á redimir á los que estaban bajo la ley del pecado (1); y al entrar en el mundo, dice al Padre: «No habeis querido hostia ni oblacion; pero me formásteis un cuerpo: sacrificio por el pecado no habeis aceptado; entonces dije: héme aquí, que yo vengo para sacrificarme. En la cabeza del libro está escrito de mí, que yo haré ¡oh Dios! tu voluntad (2).»

¡Cuán bien lo hace Jesucristo, hermanos míos! El orgullo, la soberbia, es la fuente del pecado y de la rebellion, haciendo concebir al hombre el insensato deseo de ser como Dios: una humillacion suprema será la expiacion. El placer, la sensualidad, es el instrumento del pecado, apartando el corazon de Dios para darlo á la criatura: un tormento inefable será su castigo. La independencia es el objeto de la prevaricacion, haciendo al hombre principio y término de sí mismo: una obediencia heroica ha de dar satisfaccion á Dios; y esto hace Jesu-

(1) Ad Gal. IV, 5.

(2) Hæbr. X, 5, 6, 7.

cristo, humillándose á sí mismo, y haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte infame de Cruz (1). Escoje unos padres pobres, para que se le llame el hijo del artesano; al nacer, es reclinado en un pesebre; pasa treinta años ganando el pan con su trabajo; en su vida pública se mantiene de la caridad; sufre que le tienta el demonio; consiente ser escarnecido como insensato, acusado y maldecido por el populacho; y acaba su vida en el patíbulo de los facinerosos. ¡O Dios, tan terrible expiación exigía el pecado! ¡O soberbia, cómo te confunde en sus humillaciones Jesucristo! Por ellas triunfa de la muerte y del pecado, y al expirar esclama: «Todo está consumado.» (2) Y por boca de su apóstol: «¡O muerte! ¿Dónde está tu victoria? ¿Dónde tu aguijón con que herías á la humanidad?» (3) Por ellas hemos sido libres de la ira de Dios (4); por ellas hemos sido regenerados en la esperanza viva (5); por ellas, y por la obediencia perfecta á la voluntad de Dios, hemos sido santificados, mediante la oblacion hecha una vez del cuerpo de Jesucristo (6).

Roto ya el decreto de condenacion, despues de borrado con la sangre del Redentor (7); puesta su Cruz como un puente que salva el abismo de separacion entre Dios y el hombre, el camino se abre; es ya llano. La humanidad puede dar el segundo paso de su rehabilitacion perfecta, y satisfacer su segunda necesidad; la de volver á hacerse imagen y semejanza de Dios. El peca-

(1) Joann. XIX, 30.

(2) I Corinth. XV, 55.

(3) Rom. V, 9.

(4) I Petr. I, 3.

(5) Ad Hæbr. X, 10.

(6) Colos. II, 14.

Joann. I, 10.

do, cegando al alma, la dejó en tinieblas respecto de Dios. La luz que ilumina á todos los hombres, la luz del Verbo, que es la vida, estaba en el mundo; pero el mundo no la conocia (1): no conociéndola, no podia valerle de ella, y por ella elevarse al conocimiento y semejanza de Dios. Hé aquí, pues, que el Verbo se hace carne, y comunica esa luz por medio de la fe, esa vida por medio del amor. La fe es la vida de la inteligencia; y creer, es obedecer, es estar sumisos á una razon superior, á una autoridad que enseña. El amor es la vida del corazon; y amar lo que el orden nos conduce á amar, es obedecer, es estar sumisos á una voluntad superior, á una voluntad que manda (2).

Jesucristo es la Verdad: en Él, dice San Pablo, están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios (3); pero viene á reparar las ruinas que causó una curiosidad culpable, un deseo insensato de omnisciencia. ¿Cómo lo hace? Encierra en su seno esos tesoros y aparece como un niño, cuya inteligencia se desarrolla poco á poco, merced á la educacion y á la experiencia. Pocos rasgos de su infancia quiso que consignáran los Evangelistas, pero no permitió que callasen lo que á esto se refiere. El Niño, nos dicen, crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres (4). A los doce años se queda en el templo, y se le ve entre los doctores, oyendo sus lecciones y haciéndoles preguntas á la manera de un discípulo (5). Más adelante consiente en ser tenido por iliterato en el acto mismo de admirarse su doctrina (6). ¡Qué sacrificio

(1) Lamennais, *Ensayo sobre la indif.*, cap. 35.

(2) Coloss. II, 3.

(3) Luc. II, 52.

(4) Id. II, 46.

(5) Joann. VII, 15.

(6) Joann. VI, 40.

del entendimiento! Él es la base de la fe que viene á enseñarnos, como único medio de volver á Dios, de quien tan lejos y tan ignorante estaba el mundo. El hombre, para conocer á Dios, no puede valerse de sí mismo: de él á Dios hay una distancia infinita. Si Dios no se le acerca y se le comunica, nunca podrá el hombre conocerle: si el hombre no cree á Dios que le habla, sometiéndole su entendimiento por la fe, no se conformará con él, no recobrará la semejanza de Dios. Hé aquí la gran lección que nos da Jesucristo en su vida privada.

Consideradle en su vida pública. No es un filósofo que raciocina en esfera superior y presenta ideas abstractas envueltas en oscuras frases. Es la Verdad misma, que habla á los hombres: ¡Qué sencillez en sus discursos! «Creed, y sereis salvos (1): clamad á Dios, y os oirá: pedid y recibireis (2): si creéis, obrad segun la fe: si creéis, todo os es posible (3). La vida eterna, es decir, la vida del alma, consiste en conocer á Dios y á su Hijo, á quien ha enviado (4). Os bendigo, Padre mio, porque escondísteis estas cosas á los sábios orgullosos, y las habéis revelado á los humildes y pequeños (5). Tal es su lógica: tan sencilla su palabra. Así enseña al hombre á conformar su razón con la razón suprema. Ved cómo su ejemplo y su doctrina tienden también á conformar la voluntad del hombre con la voluntad de Dios. Su alimento es hacer la voluntad del Padre (6): no ha venido, dice, para hacer otra cosa (7). No busca su gloria, sino

- (1) Matth. VII, 7.
- (2) Marc. IX, 22.
- (3) Joann. XVII, 3.
- (4) Luc. X, 21.
- (5) Joann. IV, 34.
- (6) Id. VI, 38.
- (7) Id. VIII, 50.

la de Aquel que le ha enviado (1). Por ello su vida es toda de sacrificio; pasa derramando bienes (2); instruye al pueblo; bendice á los niños; socorre á los pobres; consuela á todos; por todos muere; y cuando todo lo ha hecho y el mundo lo admira, se contenta con decir: «Os he dado ejemplo para que hagais lo que yo he hecho (3): haced esto, y vivireis (4): aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y tendreis paz (5): sed perfectos como el Padre celestial (6): obrad la misericordia (7): hablad la verdad (8): sed sencillos (9): amad á Dios sobre todas las cosas (10): amaos unos á otros como yo os he amado (11).»

¡Cuán sublime es esta doctrina! Antes de Jesucristo no se oyó en la tierra. No es la sutileza del filósofo; es la palabra de Dios; es la voluntad de Dios; es la verdad y la justicia. Porque Jesucristo, Señores, es la justicia. San Pablo nos lo dice (12): se hace para nosotros justicia, presentándonos y enseñándonos esa verdad como regla de nuestras relaciones. La razón eterna de estas relaciones entre todos los seres, es la inteligencia, es la sabiduría de Dios; y Jesucristo es esa inteligencia, esa sabiduría encarnada. No solo nos manifiesta esta razón eterna, sino que sobre ella formula y promulga la ley: más aún, es el primero en cumplirla. Como hombre, es la perfección de

- (1) Act. X, 38.
- (2) Joann. X, 1.
- (3) Luc. X, 28.
- (4) Matth. XI, 30.
- (5) Matth. V, 48.
- (6) Luc. VI, 36.
- (7) Matth. V, 37.
- (8) Id. X, 16.
- (9) Id. XXII, 37.
- (10) Joann. XV, 12.
- (11) 1 ad Corinth. I, 30.
- (12) Id. ibid.

las relaciones del hombre con Dios; es la perfeccion de las relaciones del hombre con el hombre; es el maestro que debemos escuchar; es la regla y el modelo que debemos seguir é imitar.

¡Cuán distinto principió á ser el individuo, y la familia, y la sociedad, con la comunicacion de Jesucristo, verdad eterna, amor eterno! ¡Qué influencia tan mágica tuvo la sencillez, la humildad y la caridad de Jesucristo sobre el mundo! Los pueblos instruidos en esta caridad y en todas las riquezas de la plenitud de inteligencia para conocer el misterio de Dios Padre y de Jesucristo (1), y convencidos de los caracteres de la verdad, se agruparon en torno de la Cruz, en donde se consumó su enseñanza sublime, y creyeron el amor y la caridad de Dios (2), diciendo con San Pablo: «Sin duda es grande á todas luces este misterio de amor, en que Dios se ha manifestado en carne, ha sido justificado en espíritu, visto de los ángeles, predicado á las naciones, creído en el mundo, recibido en gloria (3). Véamoslo, considerando por fin á Jesucristo como lazo de union, y consumando las relaciones de Dios con la humanidad.

SEGUNDA PARTE.

El término á que aspira la humanidad es la felicidad; y la felicidad es el orden, la armonía perfecta de las partes enlazadas entre sí y en sus relaciones con el todo; es la santidad. Hay, pues, una felicidad individual y

(1) Colos. II, 2.
 (2) I Joann. IV, 16.
 (3) I ad Timoth. III, 6.

otra social; una temporal y otra eterna: ó más bien, la felicidad tiene fases distintas, segun consideremos al hombre en sus diversos estados, en sus diferentes relaciones con Dios, consigo mismo y con sus semejantes. El principio, sin embargo, siempre es el mismo: el orden, la paz, la armonía que produce un bien, y es la posesion del bien. El hombre no conocia el bien; ni en el individuo ni en la sociedad habia armonía, porque no la habia entre el hombre y Dios. La felicidad verdadera, estable y general, era imposible; los filósofos la buscaban por distintos caminos; pero no saliendo del hombre y de la tierra, no podian encontrarla. El punto en que la colocaban, sobre inasequible, la hacia limitada á los sábios, á los poderosos, á los guerreros. Para el pobre, para el menos ilustrado, no la habia: condenados á la esclavitud y á la miseria, ni se les abria un camino en la tierra, ni una puerta en el cielo. Jesucristo vino á abrir uno y otra. Para ello se constituye lazo de union entre Dios y el hombre. une ambos extremos, y dando á Dios la adoracion del hombre, da al hombre la felicidad de Dios.

El Señor habia dicho que en uno serían bendecidas todas las generaciones (1). Preparando esta bendicion, dijo por un profeta: «Yo haré una nueva alianza con la casa de Jacob, é imprimiré mi pacto en sus entrañas, y lo escribiré en sus corazones. Yo seré su Dios; ellos serán mi pueblo (2).» Fijando más el pensamiento del hombre, le descubre el medio y le dice: «Una Virgen concebirá y dará á luz un Hijo, y se llamará Emmanuel; esto es, Dios con nosotros (3).» Al contemplarlo en lontananza, exclama Isaías: «Un Niño nos ha nacido; se

(1) Gen. XII, 3.
 (2) Jerem. XXXI, 31, 33.
 (3) Isai. VII, 14.